

pendiosa, y acerca de esto puede asegurarse sin vacilar que no hay en Europa soberano alguno que pueda comparar el lujo de su casa al que ostenta el interior del serrallo.

En el centro de la calle de Pera se distingue un palacio inmenso en el cual se hallan alojados, alimentados y educados una porcion de jóvenes á espensas del Estado, los cuales están destinados á ser pages del sultan y á desempeñar los principales cargos de la córte. Los *codjas* ó preceptores acuden todos los dias á enseñarles el turco, el árabe y el persa, y á instruirlos en la escritura y en los preceptos del Coran. Tambien se les ejercita en lanzar el djerid, en montar á caballo y en el manejo del sable. Los eunucos blancos á cuya custodia se hallan confiados, los tratan con la mayor severidad. Visten de blanco y comen sóbriamente, y son hijos de cristianos cogidos en la guerra ó comprados en Georgia y Circasia: tambien los hay procedentes de distintas fronteras del imperio, y por último, desde que los turcos no están en guerra como antiguamente con los pueblos de la cristiandad, se admiten tambien hijos de musulmanes. Los que muestran mas capacidad son los primeros que salen á pages, ocupando sucesivamente los demas las plazas vacantes y despues los cargos importantes del serrallo.

Entre los jóvenes cogidos en la guerra, comprados ó traídos de todas partes, el mayor número que se designan con el nombre de *adjem-oglam*, está destinado á los empleos pequeños del serrallo, haciéndolos porteros, carpinteros, cocineros, aguadores y aun criados, aunque de estos rara vez se encuentra uno que sea hijo de musulman.

Los *bostangis* ó jardineros ascienden al número de diez mil; su gefe se llama *bostangi-bachi*; y su poder es sumamente estenso, pues no solamente tiene el mando absoluto sobre todos los palacios y jardines del rey, sino tambien la policía de los alrededores de la capital y del canal hasta la embocadura del Mar Negro. Los *bostangis* son todos hijos de musulmanes, están casi todos casados, y reciben un sueldo muy bueno.

Segun las costumbres orientales no hay visitas ni conferencias secretas á que no se hallen presentes los servidores ó esclavos. La política exige que se sirva café, que se traiga de cuando en cuando una pipa llena de tabaco y encendida, y con arreglo á la clase y dignidad del extranjero, que se ofrezcan sorbetes, esencias y perfumes. Aun cuando se encuentre solo el musulman necesita de uno que se halle junto á él para que le dé pipa y café.

Los *capidgis* ó porteros, cuyo número es bastante considerable, vigilan en las puertas exteriores del palacio; pero no hay que confundirlos con los *capidgis-bachis*, especie de chambelanes, cuya plaza es honrosa y lucrativa, y que están encargados de ejecutar las órdenes del sultan, como por ejemplo, cortar la cabeza de un rebelde ó de un concusionario, llevar la nueva del nombramiento á un gobierno, ir á recoger las sucesiones de los grandes oficiales del imperio, etc. El gefe de estos, que siempre sale de entre ellos mismos, se llama *mir-alem*. Los *capidgis-bachis* ascienden á veces á la dignidad de *baja* de dos colas.

Como sucesor de los califas, el sultan reusume en sí todos los poderes; es soberano absoluto, legislador, pontífice y gefe supremo de la religion; puede hacer, cambiar y modificar, segun su capricho, las leyes del Estado; es dueño de las vidas y haciendas de todos

sus oficiales y agentes que mantiene, á pesar de todo lo cual, tropezaria con invencibles obstáculos si intentase tocar á las leyes fundamentales depositadas en el libro del Profeta, y aun á otras muchas consagradas ya como aquellas por un uso inmemorial. Al establecer los impuestos, tiene tambien el sultan presente la máxima de no sobrecargar mucho al pueblo, dispuesto siempre á manifestar su indignacion, á sublevarse, á pedir la cabeza del visir, y aun á deponer al sultan, entregándose á toda clase de excesos. La historia de este pueblo presenta una multitud de ejemplos de sultanes y de visires muertos ó depuestos. Hemos dicho que el sultan es árbitro de la vida de todos aquellos que reciben un sueldo del Estado, desde el gran visir hasta el simple soldado, pero no puede legalmente hacer morir á un particular, ni apoderarse de sus bienes, sin un juicio prévio y una sentencia judicial.

El gran visir ó visir-azem es el primer ministro ó mas bien el lugar-teniente del sultan, y aunque su poder es inmenso, su responsabilidad le iguala. El *chia* es quien le sigue en facultades, y despues de estos el *reis-effendi* ó secretario de Estado, y el *agá* de los *genizaros* son los dignatarios mas importantes. Es muy comun, mediante la aplicacion y la asiduidad, subir del mas humilde puesto á estas plazas, como igualmente á las de *muphtí* ó gran sacerdote, de *pachaes* ó gobernadores de provincia, de jueces civiles y otros cargos, siendo muchas veces quien los obtienen hijos de esclavos cogidos en la guerra con los tártaros ó con los cristianos. Educados en la escuela de la adversidad, y llegando á tan eminentes empleos á través de dificultades de todo género, se distinguen generalmente por su habilidad y destreza.

En manos de los *oulemas* se halla el depósito de las leyes, y á estos corresponde el interpretarlas. Tambien son intérpretes de la religion, y el Corán es el código universal de donde sacan sus sentencias. Examinemos un instante como está constituido este cuerpo, que es el mas ilustrado del imperio otomano.

El *muphtí* ó *cheik-islam* es el gefe supremo de la religion de Mahoma y el oráculo á quien se consulta, llamándose sus decisiones *fetfas*. El sultan recurre á él en todos los casos difíciles y áridos, y nunca promulga ninguna ley, ni hace declaracion de guerra, ni establece impuesto alguno, sin obtener de antemano un *fetfa*. Este eminentísimo cargo serviria sin duda alguna de contrapeso á la autoridad casi absoluta del soberano, si éste no tuviese la facultad de nombrar al *muphtí*, de desterrarlo, de deponerlo, y aun de hacerlo matar despues de destituido, por lo cual acontece muy rara vez que el *muphtí* se oponga á los designios del sultan y de sus ministros. Fuera de esto goza de una altísima consideracion.

El *muphtí* presenta anualmente al sultan una lista para el nombramiento de dos *kadileskers*, del *stambol-effendi* y de los *mollas* de las ciudades principales. En Constantinopla hay dos *kadileskers*, el de la Romelia ó Turquía europea, y el de la Anatolia ó Turquía asiática. Uno y otro asisten al *divan* del gran visir, oyen y discuten los asuntos que allí se tratan, despues de lo cual el *kadilesker* de Romelia pronuncia su sentencia. No ocupan este puesto mas que un año, y ellos son los que nombran todos los *kadies* del imperio, ventaja muy grande en un pais en que todo se vende.

Despues de estos está el *stambol-effendi* ó juez de la capital, que es el que tiene en particular conoci-

miento de todos los negocios y procesos que intervienen entre las personas que ejercen las diferentes artes y oficios. Tiene la inspeccion general de los granos y otros géneros que llegan para el abastecimiento de la ciudad, para lo cual debe ir de cuando en cuando á los distintos mercados, examinando los comestibles que se venden y verificando los pesos y medidas. Castiga en el acto con palos á los que encuentra con pesos falsos ó con mercancías averiadas, y algunas veces les hace aplastar una oreja contra la puerta de la tienda.

A las mezquitas imperiales están agregados ciertos colegios, á los cuales acuden de todos los puntos del imperio jóvenes para instruirse en las leyes del profeta, en la jurisprudencia religiosa y criminal, y para conocer todas las opiniones y sutilezas de los comentaristas del Coran. Despues de haber sufrido varios exámenes, y cuando ya se les juzga suficientemente instruidos, se les da el grado de profesores. Los que no quieren seguir el profesorado y obtener el grado eminente de mollah, solicitan una plaza de kadí ó juez de asuntos contenciosos de una ciudad pequeña. Los destinados á los mas importantes cargos, como á los de mollah, kadilesker y muphtí pasan despues de numerosos exámenes á la mezquita de Suléimainch ó de Soliman I, y esperan que la antigüedad, el mérito ó el favor les coloquen.

Las dos fiestas del *beirum* son las únicas religiosas que tienen los musulmanes, la una dura un día y la otra cuatro. La celebracion de estos dos beiram se hace siempre con el mas pomposo aparato, visitanse los parientes y amigos, aunque no se ve ninguno de esos placeres públicos que caracterizan un día de fiesta en las demas naciones de Europa. Naturalmente religiosos, y sobre todo muy atentos al cumplimiento de los deberes del culto exterior, los mahometanos se entregan de una manera mas particular todavía á los ejercicios piadosos durante la luna del Ramazan, ayunando rigorosamente todo el día, y consagrando la mayor parte de la noche á la plegaria y á los actos de penitencia.

Si el poder judicial reside al propio tiempo que el religioso en manos de los oulemas, los pachas por su parte reúnen el poder militar y el administrativo: son gobernadores, comandantes militares, comandantes de su provincia, y por un abuso, estremadamente perjudicial á los intereses del pueblo, la mayor parte de ellos tienen facultades absolutas respecto de los impuestos. El *mufselim* es un vice-gobernador ó lugarteniente de pachá, y el *waivod* es gobernador de una provincia pequeña, ó de una ciudad que no forma parte de ningun pachalato.

Los *kodjakianes* ó gente de pluma componen un cuerpo numeroso, especialmente en la capital, y vienen á ser la profesion intermedia entre los militares y los hombres civiles, hallándose muy considerada y siendo todo lo instruida que en Turquía pudiera desearse. Casi todos los ministros, todos los empleados en los diversos ramos de la administracion, en las aduanas, en las mezquitas, todos los maestros de escuela, todos los escribientes, en fin, desde el simple *kiatib* que copia los libros y las memorias, y el que se dedica á escribir pura y correctamente la lengua, hasta el *reis-effendi*, que es el gefe, todos se designan con el nombre de *kodja*, y forman parte de esta especie de corporacion.

El arte de trascribir los libros nacionales, y sobre

todo el Coran, es la cúspide de la ciencia para la gente que acabamos de mencionar. El número de copistas de libros es prodigioso en la capital. Los jóvenes que no tienen fortuna y que quieren abrazar este estado, despues de haber aprendido á escribir y leer en las escuelas, se dedican á vender y copiar libros y á hacer memoriales para los que lo solicitan.

Los musulmanes deben á los *kodjas* un gran número de obras estimadas entre ellos, en persa y árabe, relativas á la filosofia, á la moral, á la historia mahometana y á la geografia de sus provincias; y en su seno se encuentran ordinariamente los hombres de Estado mas instruidos y los mas aptos para administrar. El temor de privar de su ganancia á este enorme número de copistas, la oposicion de casi todos los escribientes poderosos, la repugnancia de los abogados á dejar que se impriman el Coran y los demas libros de religion, y sin duda tambien la aversion que muestran los musulmanes á las artes europeas, son otras tantas causas que concurren para impedir que la imprenta se establezca entre ellos de una manera sólida.

Cada arte, cada oficio se halla sometido á leyes particulares, y los que lo ejercen constituyen corporaciones distintas y separadas. Al alba se abren todas las tiendas, y cuando entra la noche se cierran con la misma regularidad. El trabajo manual y las operaciones mercantiles no experimentan nunca la menor interrupcion, esceptuando el tiempo que duran las dos fiestas del *beiram*. Todos los súbditos del imperio hacen indistintamente el comercio interior, que consiste en cambiar frutos naturales é industriales, ó unas producciones por otras. Frecuentes y numerosas caravanas recorren en toda su estension el imperio, y una multitud de buques pueblan los mares y los rios navegables. Los griegos, los armenios y los judíos tienen tambien parte en este comercio interior; pero en cuanto al exterior, se halla casi enteramente en manos de los extranjeros.

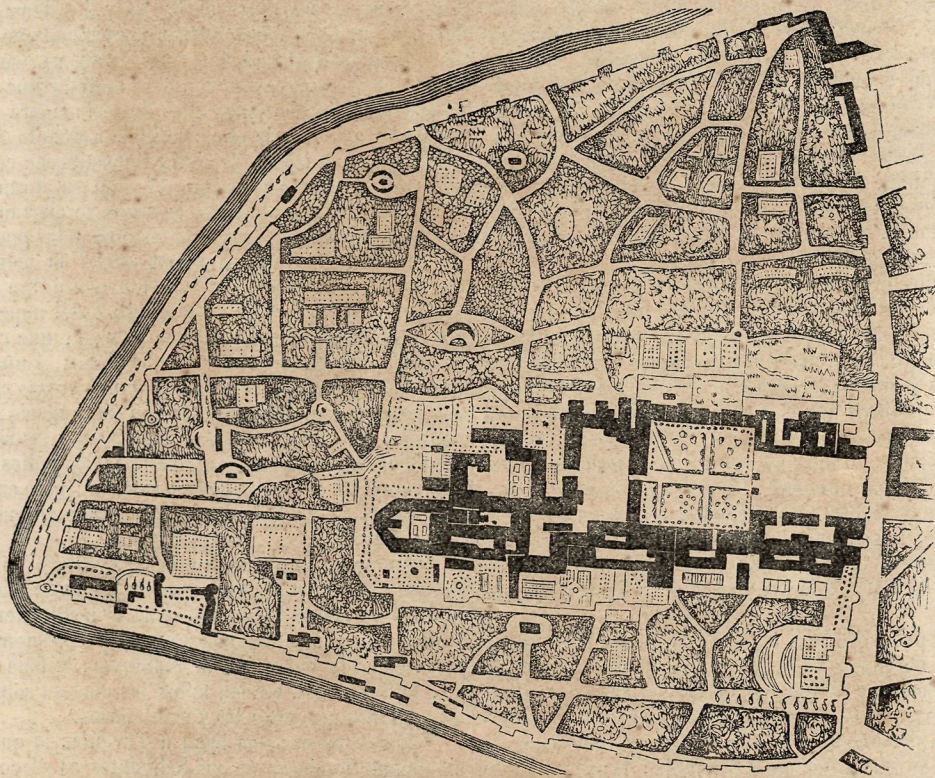
Aunque no se encuentre la agricultura en estado próspero entre los otomanos, es sin embargo muy suficiente para que cada provincia libre su subsistencia en el producto mismo de sus tierras, y los países mas fértiles, como la Valaquia, la Moldavia, la baja Anatolia, la Siria, etc. envian todos los años su sobrante á los cantones mas estériles y montañosos.

Cuando un europeo llega á Turquía, lo que principalmente le choca en sus habitantes es el contraste casi absoluto de sus costumbres con las nuestras, de tal manera que se diria que las diferencias eran estudiadas hasta en los detalles mas pequeños. Nótase en los semblantes y en los gestos un exterior religioso, y no se ve por las calles mas que manos armadas de rosarios. Los orientales tienen un aire grave y flemático en todo cuanto dicen y hacen, y en vez de la alegría y franqueza que en nuestros rostros se ven por lo comun pintadas, ellos espresan la calma, la austeridad y la melancolía, y rara vez se les ve reír. Si hablan, es sin animacion, sin pasion, escuchan sin interrumpir, cualidad que, dicho sea de paso, nos hace buena falta á nosotros, y guardan silencio días enteros; cuando andan, es pausadamente y para desempeñar sus asuntos; desconocen el paseo, y sentados siempre, pasan así el día, meditando, con las piernas cruzadas, la pipa en la boca, y casi sin cambiar de postura.

A las leyes canónicas deben los musulmanes este género de vida uniforme, ó mas bien, apática, que

de siglo en siglo ha venido perpetuándose entre ellos sin mucha alteracion, asi como tambien la sobriedad de que tanto se glorian. Como dichas leyes se ocupan de los comestibles, determinando la impureza ó pureza de unos y otros, no hay ningun mahometano que, conforme á los preceptos de su religion, no sea estrechamente circunspecto en todo lo relativo á los alimentos. En cuanto á carnes, las de carnero y cordero son casi las únicas de que ellos se nutren, el buey se ve muy rara vez en sus mesas, pero la gallina es muy comun aun en las casas menos acomodadas. Si los mahometanos comen poca caza, mas que por el disgusto que hácia ella sienten, es por el temor de alimentarse con la carne de un animal inmundo que podria haber sido muerto contra el espíritu de su reli-

entre diez y once de la mañana, y otra á la entrada de la noche, media hora antes de la puesta del sol. El padre de familia come casi siempre solo, los niños aparte y las mugeres en el harem, tambien separadamente para evitar que entre ellas se susciten celos. De cuando en cuando hay convidadas á una casa parientes ó amigos, pero no deben nunca ser muchos, porque apenas hay mesa para mas de cinco ó seis personas. En el buen tiempo, el comedor suele ser el punto mas alegre de la casa, y es tanto mas fácil ir variando de local, cuanto que el servicio de la mesa exige poco aparato. A la hora de la comida los criados llevan los platos colocados en tablas sobre las cabezas. Las mesas en que se come son pequeñas, redondas y forradas de cobre; las cuales se colocan sobre una especie de es-



Plan de los jardines del sultan en Constantinopla.

gion; ademas de esto, hay algunos que profesan el principio de no maltratar á los animales, por lo cual nunca se ve entre ellos en ningun tiempo un gusto muy decidido por la caza. El pescado no lo buscan tampoco mucho mas, y en cuanto á la carne de puerco y de jabalí todos los pueblos musulmanes las miran con terrible aversion. Durante todo el año hacen mucho uso de los vegetales, de las legumbres, de la leche, de los confites y de las frutas, que son deliciosas en todos los paises del Oriente.

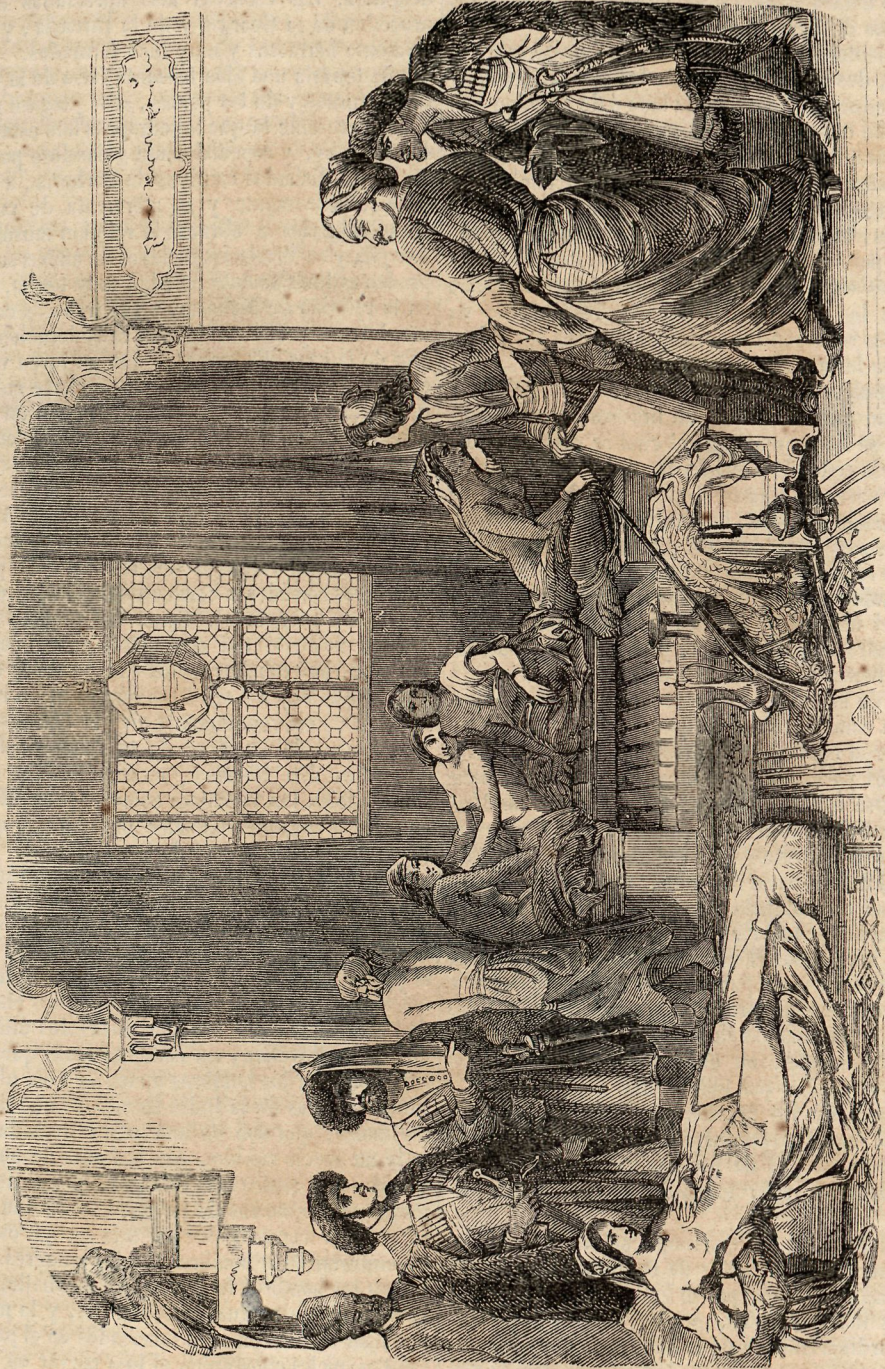
Los platos de entrada, los entremeses, los mismos asados se sirven en pedacitos muy pequeños, de modo que nunca tienen necesidad de cuchillo ni de trinchante. La gallina la ponen cocida, por lo cual pueden fácilmente con los dedos sacar las tajadas. En la mayor parte de las familias los hombres comen separados de las mugeres; hacen dos comidas al dia, una

cabel que les sirve de pie. El dueño de la casa con un amigo ó dos se sientan junto á la mesa con las piernas cruzadas ó con un pie estendido bajo aquella, y los demas se colocan alrededor en almohadones que hacen las veces de sillas. Tan luego como la comida se sirve, llevan todos la mano al plato, siendo siempre el anfitrión el que da el ejemplo, terminando generalmente el banquete con un plato nacional hecho con arroz cocido y carnero ó gallina, único plato para el cual aparecen las cucharas.

El khoschab, por donde concluyen definitivamente las comidas, es una bebida dulce, hecha con uvas secas, manzanas, peras, cerezas, albaricoques y otras frutas cocidas con azúcar y mucha agua. Esta bebida es casi la única de que hacen uso. Pocas son las personas que piden de beber durante la comida, especialmente en invierno, y lo único que se les presenta

es agua pura en grandes vasos de cristal. Entre los europeos, el que bebe, brinda por la salud de los demas; más entre los otomanos, por una costumbre algo mas razonable, sucede al revés. El Coran prohíbe severamente el vino y todo licor fermentado, prohibicion á la cual se ajustan los devotos, pero no los filósofos del

fuerza de los temperamentos. El madjoun ordinario es una mezcla de opio y de diversas especias, á la cual las personas opulentas añaden ámbar gris, cochinilla y esencias preciosas. Esta droga la lleva cada cual consigo, tomándola una ó dos veces al dia con un vaso de agua ó una taza de café, hallándose esto tan



Mercedo de esclavas circasianas en Constantinopla.

pais que violan frecuentemente esta ley, cuidando mucho de saborear en secreto el líquido prohibido.

Para reemplazar á la embriaguez del vino, los musulmanes procuran la que proporciona el opio, cuyas diversas clases y combinaciones se llaman *madjoun*, y cuyos efectos son mas ó menos violentos, segun la calidad de los ingredientes que las componen y la

en uso como el café, el tabaco y los perfumes.

No hay ciudad, ni villa, ni aldea en toda la estension del imperio, en que no se encuentren cafés, los cuales se hallan en todas partes, hasta en los paseos públicos. La mayor parte de ellos están contruidos en forma de kioskos, y alli pasan horas enteras los ociosos, jugando á las damas u ocupándose de las

novedades que ocurren; aquí es donde los romances, contadores y juglares despliegan sus talentos, especialmente en invierno, contando fábulas é historias con la gracia y energía propias de la lengua nacional. Si á estas narraciones se añaden bufones, gladiadores, bailarines de cuerda, y mas que nada, sombras chinescas, se tendrá ya una idea completa de todos los espectáculos de Turquía.

Los orientales, mas sencillos que nosotros en el mueblage, desconocen el lujo de las camas, las cuales están reducidas á mantas de lana ó de algodón que por la noche estenden en el suelo ó en un sofa. Las mugeres para dormir no se quitan mas que el aderezo, y los hombres cambian de traje, pero tambien se acuestan vestidos. Entre los griegos, armenios y judíos pobres, toda la familia duerme en una misma habitacion; pero entre los musulmanes el dormitorio de los hombres está separado del de las mugeres. Como el uso de las sillas es igualmente desconocido en Oriente, los sofás son los principales y casi los únicos muebles de los aposentos.

Las casas ordinariamente no tienen chimenea, y se calientan por medio de un brasero de barro ó de cobre que se llama mangal, el cual se coloca debajo de una mesa redonda ó cuadrada, cubierta de muchos tapices que arrastran hasta el suelo. Alrededor de esta mesa, llamada tandour, hay un banco donde pueden varias personas introducir las piernas por debajo del tapiz para recibir el calor hasta la cintura. Nuestros lectores habrán conocido fácilmente en esta descripción que el mangal y el tandour componen exactamente nuestra vulgar *camilla*, y que en este punto los turcos no tienen nada que desearnos.

Antes de las cinco oraciones del día, antes y después de la comida, siempre que se haya rozado con algun cuerpo impuro, el musulman debe purificarse con lavados parciales, y en otras circunstancias tiene que sujetarse á baños enteros. Las mugeres tambien tienen igual obligacion, aunque para estas mas que nada viene á constituir un verdadero placer. En los baños es donde ellas se dan citas, y donde se desembarazan por un momento de la esclavitud á que se hallan sometidas. Las ricas ostentan aqui con los detalles mas minuciosos el valor y gusto de sus adornos, y se hacen servir moka puro, confortantes esquisitos y suntuosas colaciones, prodigándose las esencias y los perfumes, y terminando siempre la fiesta con música y sombras chinescas, en cuyo punto ya se cierra el baño para el público por todo el día.

Las casas de los musulmanes están de tal modo dispuestas, que el alojamiento de las mugeres se halla siempre apartado del de los hombres, llamándose al primero harem ó lugar sagrado, y al segundo se-lamlík.

Las mugeres de algun rango no se presentan en público sino rara vez; no es de buen tono que salgan de sus casas, á menos que se hallen obligadas á ello por causas indispensables, por cuya razon no se encuentran ordinariamente en la calle mas que mugeres vulgares, aunque siempre tapadas, observando la mayor circunspección, y no dirigiendo casi nunca la palabra á nadie. Seria el colmo de la indecencia para los hombres el fijar sus miradas en ellas, y si alguno se abandonara hasta el punto de permitirse una palabra equívoca ó alguna licencia de otro género, nada podria libertarle de las persecuciones de la policía, y aun de los mismos ciudadanos, que testigos de su te-

meridad tienen derecho para detenerlo, y aun abrumarlo á palos en caso de resistencia.

Los turcos profesan sobre poco mas ó menos las ideas respecto de la belleza femenina que los europeos, difiriendo solo en que prefieren las blancas y las morenas á las rubias, y la grosura escesiva á la delgadez. Las esclavas mas apreciadas en Oriente proceden de la Georgia y de la Circasia, y son generalmente hermosas y muy bien formadas.

Se tendria una idea bastante falsa de la esclavitud de los turcos y de los persas, si se juzgase de ella teniendo presente la que los europeos han establecido en sus colonias, y especialmente guiándose por el relato de los desdichados cautivos de Berberia, á quienes se trata rudisimamente y se atormenta de mil maneras para obligarlos á abrazar la religion musulmana. En Turquía y en Persia los esclavos de ambos sexos, comprados ordinariamente en edad muy tierna, se educan en la religion de Mahoma, y son tratados con la misma dulzura y casi con iguales consideraciones que un hijo de la casa. Es muy raro que un turco venda á un esclavo que le tiene descontento; no hace con él por el contrario sino castigarlo como haria con un hijo suyo. Después de un servicio mas ó menos prolongado, segun que el musulman es mas ó menos observador de los preceptos de Mahoma, que fija la esclavitud en nueve años, le da la libertad y lo casa. A la muerte del señor casi siempre se hacen libres sus esclavos, sea por última voluntad del mismo, sea porque sus herederos consideren como un deber interpretar de este modo sus intenciones. Como las preocupaciones de Europa respecto del nacimiento no son conocidas en Levante, hay muchos turcos que se casan con esclavas, ó que dejan á sus hijos que se casen con ellas, é igualmente sin repugnancia alguna entregan sus hijas á esclavos, de cuya conducta están satisfechos, y á los cuales dan libertad, colocándolos en seguida en una posicion tan ventajosa como pueden. Hay muchos pachas y grandes oficiales del imperio que se han elevado del seno mismo de la esclavitud.

Antes de la revolucion que ha tenido lugar en las costumbres y en el traje de los turcos, todas las familias opulentas usaban vestidos de seda y de otras telas muy ricas, siendo infinita su variedad, tanto por el precio, cuanto por la calidad, pues los habia de un color solo, rayados, con flores de todas clases y bordados de seda, oro y plata. Estas dos últimas especies no las llevaban, sin embargo, mas que las mugeres, pues en los hombres nunca se veia plata ni oro. Entre las telas de la India forzoso es que distingamos los chales, que son de una lana estremadamente fina y de un precio subido, con la forma de un cuadrado grande. Los chales mas estensos, que tienen comunemente cuatro metros de longitud sobre uno de anchura, podrian hacerse pasar por una sortija: estos servian de cinturón á los hombres y á las mugeres. En el invierno los hombres fueran á pie ó á caballo, se tapaban la cabeza para resguardarse del frio, y la mayor parte llevaban chales comunes fabricados en el país.

Las pieles constituian el lujo mayor en uno y otro sexo. No habia artesano, soldado, hombre cualquiera del pueblo que no llevase en invierno una pellica de cordero, carnero, gato, etc., mejorando las personas opulentas sus abrigos con pieles mas bellas y costosas. La zorra negra, la mas preciosa de todas las pieles, estaba reservada al gran señor, y ningun otro podia llevarla, como no fuera que el sultan hiciese con ella

un presente á algun visir ó á algun pachá de cuya conducta estuviere satisfecho, y esto se consideraba como uno de los mayores favores. En cuanto á las mugeres, tenían el derecho de usar lo que quisieran sin mas regla que su gusto y capricho, pues aunque el bello sexo no es tratado en este pais seguramente con mucha galantería, tiene, sin embargo, varias inmunidades. Actualmente el deseo de asimilarse á las naciones europeas, ha decidido á los turcos á abandonar su rico y hermoso trage nacional, por lo cual llevan todos uniformemente el zapato, el pantalon y la levita de paño, conservando únicamente de su antiguo trage una especie de capa de lana encarnada y el clásico turbante.

Las mugeres aman el lujo con frenesí, y aunque son raras las ocasiones que tienen para lucir, se cargan de cuantas riquezas pueden, y apenas habrá alguna que no tenga zarcillos, brazaletes, collares y cinturones de plata y oro. En las de clases elevadas estos adornos son de perlas finas, diamantes y pedrería, y su lujo es tan exagerado á veces, que llevan cinco ó seis sortijas al mismo tiempo, ostentando en la cabeza adornos de flores de diamantes, de rubíes y de esmeraldas. Las mugeres de la clase media llevan al cuello largas cadenas de oro que bajan hasta la mitad del cuerpo, componiéndose algunas de 60 á 80 monedas nuevas, ó de medallas de diferentes hechuras. Tambien es costumbre en las señoras elevadas, llevar en la mano un enorme rosario, cuyas cuentas son ordinariamente de jaspé, ágata, ámbar blanco ó coral.

Cuando las mugeres salen van envueltas en una larga túnica, con el rostro cubierto con dos velos de muselina, el primero que parte de la nariz y baja hasta la cintura, tapándole el pecho, y el segundo que tapa la cabeza hasta los párpados, formando todo un conjunto tal que apenas se divisan los ojos.

En los puntos del imperio en que se conserva todavía el trage antiguo, las leyes que reglamentaban en otro tiempo el uso de los colores subsisten aun, y son, como antes, rigorosamente observadas. El verde es el principal y el mas distinguido, pues viene á ser un color sagrado que no pertenece mas que á los descendientes del Profeta; el turbante negro es para los judíos, y el blanco y el encarnado son los que llevan la mayor parte de los musulmanes.

Entre lo mucho que se ha escrito acerca de la Turquía europea, adicionamos las observaciones que ha hecho un viajero francés sobre la gran ciudad de Constantinopla, con lo cual quedará aun mas completa la relacion que hacemos respecto á las costumbres de este pais.

»Si le fuera dable al viajero que solo va una vez á aquellos sitios el disponer á su antojo la época y hora de su llegada á Constantinopla, yo le aconsejaria doblase la punta del *Serrallo* en los momentos de la salida del sol en un hermoso dia de mayo, ó mejor aun llegar por la noche, á la claridad de la luna, durante las fiestas del *Ramazan*.

»Este espectáculo; para decirlo de una vez, es tan hermoso, que es preciso verle en todas las horas y épocas del año para gozar completamente del placer que procura una larga permanencia en aquellos encantadores parages. Pero hoy solo tratamos de reproducir la viva impresion que causa la primera vista de aquella ciudad que un poeta francés ha caracterizado tan perfectamente diciendo que allí acaba la Europa y empieza el Asia.

»Al desembocar la Propentide ó mar de Mármara, aparece la triple ciudad de Constantinopla: *Stamboul*, *Scutari* y *Galata*. El buque avanza repeliendo con trabajo las corrientes de la costa de Europa. Ya sobre la izquierda entre una neblina morada aparece el castillo de las Siete-Torres, esa bastilla de los sultanes, luego los arrabales y las tan pintorescas murallas que se sumergen en el mar, y sobre todo esto las almenas desde las cuales se distinguen los edificios, los árboles, las cúpulas y los minaretes.

»De allí á poco seguimos al pie de los muros del Serai, ese palacio misterioso, célebre en la historia y tan dramático de los emperadores turcos; teatro de placeres, de voluptuosidades y de sangrientas intrigas. Desde lo alto de aquellos terrados que la espesa capa de verdura que cubre sus bordes parece disminuir su elevacion. ¡Cuántas víctimas de la política otomana han sido precipitadas en las ondas!

»A la derecha, sobre la costa de Asia, se descubre Scutari, la antigua Chrysópolis, la ciudad de oro, vasto depósito de las mercaderías que las principales ciudades del Asia Menor dirigen á la capital. Un faro colocado sobre una roca aislada, que los turcos llaman *Kiz-Kouleci*, *Torre de la Hija*, se alza sobre las olas. Enfrente, el Bósforo con las risueñas aldeas y graciosos kioskos que pueblan sus orillas huye serpenteando; pero deslicémonos aun algunos momentos sobre aquellas aguas de azul jaspeadas de oro, y entraremos en aquel puerto maravilloso atestado de barcos de todos los paises; verdadero bosque de mástiles sobre cuya izquierda se prolongan, en admirable perspectiva, las onduladas líneas de Stamboul con su profesion de mezquitas y de elegantes minaretes, de jardines y de palacios.

»Apenas se paran las ruedas del vapor, una nube de lanchas trata de tomarla por asalto; son officiosos encargados que os ofrecen targetas de fondas ó posadas, y que, sin aguardar contestacion, se disputan ya vuestro equipage y vuestra persona; plaga que empieza para el viajero desde que ha penetrado en los paises meridionales.

»Para desembarcar, subir la montaña de Pera ó instalarse en la fonda se necesita cerca de una hora. Si viajais por diversion solo, esto es, si tratáis de permanecer quince dias para verlo todo sin comprender nada, y poder hablar luego de la misma manera de los paises recorridos, ireis á habitar cualquier posada; pero si sois artista, es decir, si quereis ver concienzudamente y reproducir lo mismo que hayais visto, tratad de buscar habitacion en una casa particular, que hallareis fácilmente, y así evitareis el gasto supérfluo y el ruido insoportable de las moradas comunes.

»Lo primero que trata de hacer todo el que llega á Constantinopla es ir al bazar; lo demas se ve al paso; porque si permanece poco tiempo necesita lo primero proveerse de batas, de pantuflas, de pastillas del *serrallo*, de esencias de rosa y de jazmin, cosas todas de un interés de distinto género, como puede conocerse, que el que ofrecen los admirables monumentos de la ciudad. Sigamos pues á la multitud, obedeciendo á aquel impulso general, puesto que solamente tratamos de reproducir las impresiones de la primer ojeada.

»Bajando de Pera, único barrio donde pueden habitar los francos, se embarca en uno de los muelles de Galata para atravesar el puerto. Una multitud de kaiks, apiñados unos contra otros, aguardan á los pasajeros; pero es preciso tener cuidado al desembarcar,